

LIBROS

Para pensar el reto de la técnica

Frecuentemente he tronado —sonríen, por favor— desde estas mismas páginas contra la paralizadora y represiva noción académica de filosofía que impera hoy en España. Recientemente se me ha reprochado esta postura como incongruente con la lucha por ser aceptado de nuevo en el estamento docente del que fui expulsado o con mi pretensión de que se me apruebe una tesis doctoral (con la que, por cierto, estoy teniendo incidentes tan peculiares que no voy a resistir mucho tiempo sin contárselos). Aunque ya he reiterado esta puntualización mil veces, aclaro de nuevo que en modo alguno propugno desertar del espacio académico para entregarlo «sine ira et studio» a sus actuales detentadores, abandonando uno de los campos en que la palabra libre puede y quiere ejercitarse jubilosamente. Nada sería más cómodo para los videntes mandarines. Se trata de probar que sólo a partir del concepto napoleónico de Universidad se concibe ésta como dócil voz en loor de su amo, pero que no faltan en la Academia las posibilidades críticas y liberales que utilizar para defender el pensamiento de los formalismos burocráticos que lo acogotan. No sé —y lo dudo— si estas voces tendrán un futuro esperanzador. Pero sostengo con toda energía que se puede ser filósofo «de carrera» sin hacer un acto de acción

de gracias cada mañana a la bendita mano que me alimenta ni confundir el designio de la razón crítica con el interesado respeto a las restricciones legisladas que me mantienen en el puesto docente que tantas alegrías económicas me proporciona. No es la mejor dotación de las bibliotecas ni la facilidad para obtener fotocopias lo que garantiza la radicalidad del pensamiento, como finge creer la tecnocracia, ni es imprescindible traer una dogmática formal de repuesto en el macuto para superar la ideología establecida. La crítica a lo académico pretende tener aspectos más complejos y, mientras no nos aburríamos de incordiar, no hay cátedras vitalicias en el mundo que nos hagan ceder el campo.

Algunas respetadas figuras del escalafón han contribuido esencialmente a la constitución de una imagen crítica y liberal de la Academia. Así ocurrió en su momento con Aranguren o Valverde; así ocurre hoy con Carlos Paris. El experimento que Paris acometió en el Departamento de Filosofía de la Universidad Autónoma es uno de los esfuerzos más significativos por liberar a la filosofía universitaria de su marasmo y recuperar algunas de sus dimensiones perdidas. Allí convivieron analíticos y dialécticos, teóricos de la ciencia y nietzscheanos (por mal nombre...). Funcionó con rigor la lógica formal, la sociología y hubo seminarios sobre Hegel y Nietzsche —este último, publicado (1)—, de un nivel crítico que poco tiene que ver con lo que habitualmente se vende en las Fábricas de Espíritu. El descuartizamiento final del Departamento por la represión mostró, sin lugar a dudas, hasta qué punto

(1) «En favor de Nietzsche», varios autores. Taurus Ed.

aquello era algo distinto a lo que habitualmente se hace, incluso bajo marchamo «progre», por esas aulas del Señor. Elegido presidente de la Sociedad Española de Filosofía, Carlos Paris ha continuado al frente de ella su decidida labor de (auténtica) apertura y remozamiento de los planteamientos caducos, apartando aquellos «pensadores» sin más fondo que el peso específico de sus cargos burocráticos. La figura de Carlos Paris es una de las desdichadamente escasas imágenes de una liberalización militante que se dan hoy en el más alto nivel del estamento docente español.

La importancia de esta tarea de posibilitador y acicate de la eclosión de nuevas actitudes filosóficas en el país posterga a un poco los frutos de la propia creación intelectual de Paris. Se reedita ahora una de sus obras más interesantes (2), enriquecida con un prólogo y un nuevo capítulo. En «Mundo técnico y existencia auténtica», aborda Paris uno de los temas que más importancia han ido adquiriendo en su pensamiento, el de la técnica, al cual ha dedicado diversos estudios desde muy varios

(2) «Mundo técnico y existencia auténtica», C. Paris. Selecta, «Revista de Occidente».

enfoques. Es, sin duda, la obra que aquí reseñamos la que expone de manera más completa y satisfactoria su punto de vista filosófico sobre este asunto. La proliferación de la técnica en la era industrial, lo espectacular de sus logros y lo ominoso de algunas de sus perspectivas, constituyen un auténtico reto para numerosos pensadores del siglo XX: Spengler, Heidegger, Russell, Lewis Mumford, la escuela de Frankfurt... Ayer fue la bomba atómica y su amenaza de destrucción total la que alarmó a Russell, Jaspers y Linus Pauling o Einstein; hoy es la contaminación de los recursos naturales lo que parece destinarlos a un final menos wagneriano que la hecatombe nuclear, pero más dantescos, chapaleando en el muladar de nuestros indestructibles desperdicios. En cada ocasión, una reacción antitécnica se desencadena, que en el caso de la contaminación va desde una «vuelta a la Naturaleza» más o menos «hippy», que acaba por descubrir que la Naturaleza tiene el defecto de no existir, hasta los teóricos del «crecimiento cero», tipo Sico Mansholt. Pero el pensador, más allá de las banalidades maniqueas tipo «a favor o en contra», se ve obli-

gado a plantearse radicalmente el problema de la técnica en su relación más íntima con la condición humana. ¿Cada logro técnico es un paso más que nos aleja del Jardín o la única posibilidad de recuperar conscientemente la bienaventuranza? ¿Termina el homo faber por negar lo más específico del sapiens o, por el contrario, lo realiza cumplidamente? Estas preguntas se resumen en el planteamiento del tema de la técnica en la perspectiva de una antropología filosófica, que es lo que Paris pretende en este ensayo. En primer lugar, trasciende el carácter chatamente instrumental que tiene el término técnico, ampliándolo, por un lado, a una serie de ejercicios que no implican más instrumento que el propio cuerpo —técnicas deportivas, amorosas...— y, por otro, subrayando ese carácter «lujoso» que Ortega ya apuntó certeramente. La definición de técnica alcanza finalmente esta latitud: es «el sistema de acciones mediante el cual el viviente animal actúa sobre el medio, respondiendo a sus necesidades». La antropología debe fundarse, pues, en la etología: en el hombre culminan una serie de respuestas ante la hostilidad del entorno,

que ganan infinitamente en sutileza y complejidad, pero que no se desvinculan radicalmente de las de los animales inferiores. Paris naturaliza así la técnica: el conflicto entre biología y cultura se desvanece al mostrar que la cultura es la prolongación de la biología por otros medios... Tiene en esta doctrina un ilustre precedente, que no cita: Schopenhauer, cuya relectura tanto ayudó a Horkheimer a profundizar en estos temas. Así se evita un total extrañamiento de la técnica humana respecto a los condicionamientos naturales y se fundamenta una postura de limitado respeto hacia ella. En último término, sin caer en exageraciones beatas, Paris es fiel al viejo ideal progresista: la técnica es también —o puede llegar a ser en ciertos casos— posibilidad de una enriquecida autenticidad, capacidad de entrega vital, de solidaridad, de aventura. Como en el vuelo nocturno de Saint-Exupéry, del que no se regresa, nos confirma en la inexorable tragedia de existir, brindándonos, juntamente, nuevos paisajes, nuevos afectos y nuevos heroísmos. ■ FERNANDO SAVATER.

Clases sociales en España

A pesar de la importancia que para el estudio de la sociedad tienen las clases sociales, todavía estamos lejos de que los sociólogos partan de un consenso respecto a lo que es esta categoría de análisis. Tres son los principales criterios, a través de los cuales se puede llegar a calificar, primero, un grupo humano en clase, y después, a través de este instrumento, analizar el contenido de ese grupo, y con él, del resto de la estructura social: el objetivo, subjetivo y ecléctico. Por el primero, la clase social viene formada de acuerdo con la posición que

